cia adelante, se amontonoba cada vez mas y aumentaba el peligro con los mismos esfuerzos que hacia para salir de allí. En los esfuerzos un tejo encendido se cayó y estorbaba el camino. Era casi en vano entonces, que el valeroso Mastinel, auxiliado de algunos coraceros, se esforzara en sacar á los desgraciados caidos y heridos, librándolos de una muerte inminente. Se habia persuadido muy pronto de que no habia mas que un solo medio de socorrerlos y de evitar mayores desastres; este medio consistia en cortar á la multitud dentro del emberjado. Fué corriendo al cuartel del regimiento, se dió el toque de montar á caballo; ni aun esperó que los hombres de la guardia estuvieran listos porque no debia perderse un momento. Llevándose de paso algunos coraceros, se metió á pié al interior del Campo de Marte, se procuró paso al travez de la multitud que apartó con toda su fuerza. Hizo por llegar á donde estaba lo mas fuerte del peligro tantos esfuerzos como los otros empleaban para alejarse de él. Consiguió por fin penetrar allí, guiando al coracero Spenleé que era el único de sus camaradas que pudo continuar siguiéndolo; y allí uniéndose á la multitud, trabajaba con una admirable energía en desembarazar el paso, en mandar llevar á los que habian muerto y en salvar á los que respiraban todavía. Un viejo inválido desmayado y un soldado jóven fueron llevados en sus brazos y arrancados á la muerte por él, y sucesivamente un mozo, una jóven, una chiquita; en fin, nueve personas. Se le veia entrar y salir sin cesar, sacando víctimas de entre la multitud: poco faltó para quedar allí muerto; pero no importaba, volvia á aquel sitio para buscar aún en él; nunca creia haber acabado su tarea. Desfallecido, jadeando, proseguia la faena heróica, con continuo peligro de su vida, dando brío á todos, animando á todo el mundo así con su voz como con su ejemplo. El coracero Spenleé, electrizado por él, salvó á un tiempo del terrible barullo á un hombre y á un niño. El porta-estandarte Mitz, se precipitó por librar á una muger á quien sofocaban. El subteniente Gruss que llevaba en sus brazos á una inocente niña, hizo que le cargaran aún en sus hombros á un jóven, y luchó durante media hora con la multitud bajo aquella doble carga; cayó y estaba á punto de perecer. El mismo Mastinel, postrado en tierra, iba á sucumbir.

Fué entonces cuando se vió un curioso y tierno espectáculo; entonces fué cuando un piquete de coraceros, enviado para poner un dique á la ola inmensa que invadia el enrejado, apareció á lo lejos, por encima de la muchedumbre, ejecutando la maniobra de salud en aquella refriega de nueva especie. Se veian á aquellos valientes, consternados y silenciosos, avanzar á paso lento con prudencia, sobre unos caballos que, como si hubieran comprendido la humanidad de sus dueños, parecia que ellos mismos marchaban con precaucion. Era un tierno espectáculo ver por todas partes levantarse las manos hácia ellos, como á libertadores, y entregarles niños, con los que ellos cargaban la grupa y el pescuezo de sus caballos. A fuerza de lentitud y cuidado, uno á uno, dos á dos, en grande y pequeña fila, consiguieron penetrar poco á poco en el peloton; por fin lo dividieron; plantaron el dique entre la masa inmensa. Se desembarazó la berja; se restablecieron las comunicaciones y el pueblo fué saliendo. Se establecieron ambulancias en la cacerna; se llevaron los heridos; se les prodigaron los cuidados mas delicados y mas atentos.

Se preguntó á los oficiales y á los soldados quién, en aquella jornada había merecido el premio por la inteligencia y la abnegacion, y todos con una voz unánime, se lo adjudicaron á Mastinel.

§. IX.

Generosidad.

El que hace lo que debe, es justo; el que hace mas de lo que debe, es generoso.

Tiene sus límites la probidad y para el comun de los hombres, es mucho llegar á esos límites; pero la virtud y la generosidad, se pueden estender hasta lo infinito; se pueden siempre agrandar sus límites, pero nunca pasarlos.

El hombre generoso corresponde las injurias con beneficios, y los beneficios, con otros mayores aún.

Cuando volveis mal por mal, imitais lo que condenais; pero vengandoos por medio de beneficios, haciendo bien y haciéndolo á un enemigo, mereceis una doble gloria.

La superioridad de una alma que no reconoce mas arriba de ella, sino la razon y la ley, la generosa altivez de un corazon sinceramente virtuoso, que no se propone nunca mas recompensa que la virtud misma, hé aquí en qué consiste la generosidad.

(Varios autores.)

EL CAMPO DE CEBADA.

En el último siglo, durante las guerras de los franceses en Alemania, un capitan de caballería fué comisionado para ir al forraje. Partió al frente de su compañía y fué al punto que se le habia señalado. Era este un valle solitario donde casi no se veia otra cosa sino árboles, y donde vió él una pobre cabaña; llamó á la puerta; salió de ella un viejo paisano de blanca barba. Mi buen padre, le dice el oficial francés, indicadme un campo donde pueda hacer pastura mi caballería. En el momento contestó el anciano, y se puso á la cabeza de los soldados, subiendo con ellos por una cañada. Despues de un cuarto de hora de andar, encontraron un buen sembrado de cebada. Hé aquí lo que nos conviene, dijo el capitan. Venid un poco mas lejos, le dijo su conductor, quedareis mas contentos. Siguiendo la marcha, llegaron un cuarto de legua mos lejos á otro sembrado de cebada. En el momento echó la tropa pié á tierra, cortó la cebada, la colocó en tercios y se fué. Entonces el oficial dijo á su conductor: nos habeis hecho venir mas lejos sin necesidad, el primer sembrado estaba mejor que este. Sí señor, respondió el concienzudo anciano, pero este es mio y el otro es ageno.

EL BIEN POR EL MAL.

Vivian en una pequeña ciudad de Alemania dos hombres cuyo oficio consistia en rajar y aserrar leña. Hans, era el nombre de uno de ellos, envidiaba á Heinrich su compañero, que tenia quehacer con mas frecuencia que él. Era muy natural aquella preferencia, porque Hans era brusco, grocero, importuno y nunca se podia conseguir dejarlo contento. Heinrich, por el contrario, aceptaba con reconocimiento lo que le ofrecian por muy poco que fuese; de suerte que acontecia que le pagaran algo mas de su salario, y tenia tanto quehacer que no podia dar á basto. Jamás pasaba Hans por la calle en que trabajaba su compañero, sin causarle alguna especie de perjuicio: unas veces como por casualidad le tumbaba el caballete; otras trozaba la cuerda de su sierra y si podia apoderarse de su hacha le rompia el mango.

Le aconsejaban entonces al ofendido que ocurriera á quejarse con el majistrado. No, contestaba; mientras tenga brazos, Hans no me impedirá ganar mi subsistencia; y así sufria con resignacion.

Un dia Hans, en estado de embriaguez, puso fuego sin saberlo á su propia casa; todo fué consumido; pero se salvaron Hans y su familia. Se tuvo generalmente compasion de su miseria; uno le proporcionaba una cama, otros vistieron á su familia, lo alojaron provisionalmente en una pobre accesoria. Por la noche oyeron Hans y su familia, llamar á la puerta muy quedo; abrió Hans y tembló al reconocer á aquel á quien habia inferido tantos ultrajes. Queria repelerlo con violencia cuando Heinrich le dijo: Tengo dos hachas y no me puedo servir de ellas al mismo tiempo, esta es para tí. Acabo de comprar una sierra nueva y he recompuesto este caballete; todo esto queda á tu disposicion. El comerciante que vivia aquí cerca, me ha mandado decir que mañana tendrá obra para mí, y he hecho que le contesten que enviaré algun otro en mi lugar; vé allá temprano y dí que vas de parte mia.

Hans, sin ebargo de su dureza, se mostró sensible á un compor-

tamiento tan generoso; le tendió la mano á su bienhechor, que continuó cediéndole la obra de que no podia encargarse él.

NOBLE VENGANZA.

Beranger, despues de haberse apoderado de la corona de Italia, encerró en una torre á la viuda del último rey, Adelaida. Aquel tirano y su muger Hilla atormentaron cruelmente á su cautiva para forzarla á que se casara con su hijo. Fué Adelaida por fin libertada por Othon rey de Alemania, quien habiendo hecho prisionera á Hilla, la puso en poder de Adelaida. Esperaba Hilla los mas crueles tratamientos; los habia merecido. Conducida á la presencia de Adelaida, le dirigió furiosas miradas. No he cometido, dijo, mas que una falta en mi vida, y es la de no haberos hecho morir cuando estabais en mi poder.—Y yo, repuso tranquilamente Adelaida, haré á lo menos en mi vida, una buena accion, que es la de restituiros la libertad y conservaros la vida. Volved al lado de vuestro esposo y procurad persuadirle, en fin, que deje de ser perverso para que cese de ser desgraciado.

EL ENEMIGO GENEROSO.

Dos jóvenes de Quercy, Resnier y Vesins, estaban divididos por un odio hereditario; era el primero protestante, católico el segundo; la diferencia de religion habia aumentado su aborrecimiento, y la guerra civil lo habia agriado aun mas.

En la época fatal de S. Bartolomé, ambos estaban en Paris.

La ocasion era muy propicia para Vesins. A la señal que se dió para aquella fatal ejecucion, se armó, montó á caballo, hizo que lo siguieran algunos hombres armados, y se fué derecho á la casa de su enemigo. Resnier, despertado hacia algun tiempo por el ruido é informado de la suerte que le esperaba, se habia puesto á rezar y a-

guardar la muerte. Derrepente vió presentarse á Vesins: sin tratar de defenderse, le presentó la cabeza diciéndole: *la obtendreis á buen precio*.

Tenia Vesins una intencion muy diversa; le dijo á Resnier que tomara sus armas y que le siguiera: lo hizo que montara un caballo que estaba enteramente listo; desde luego se hizo su guia para preservarlo de los males que le amenazaban en Paris: lo condujo al interior de Quercy, lo restituyó á su muger y á sus hijos que creian no volverlo á ver nunca.

Puede juzgarse de la impresion que hizo en toda aquella familia la generosa accion de un hombre cuya animosidad se sabia. Era estremada su alegría, su agradecimiento sin límites; quisieron hacer regalos á Vesins; él los rehusó y aun regaló á Resnier el caballo que le habia proporcionado; y se dió por satisfecho con gozar del placer delicado de haberse mostrado generoso.

HEBRON.

Gustavo Adolfo en Nurembeg, habia intentado en vano forzar los atrincheramientos del enemigo. Despues de una terrible lucha, se acercaba la noche, pero se habian adelantado tanto los suecos, que la vuelta al campamento presentaba grandes riesgos. Lo sabia Gustavo y buscaba en derredor suyo un oficial suficientemente esperimentado para poderle encomendar una tan importante comision, cuando vió al coronel Hebron, valiente escocés, que observaba, sin tomar parte, las diversas fases de aquella jornada; porque habiendo sido, segun él creia, ofendido por el rey, habia pedido y obteniendo su retiro y hecho solemnemente el voto irreflexivo de no sacar nunca la espada en su servicio: á él fué sin embargo, á quien Gustavo ocurrió para dirijir la retirada.

Los instantes son preciosos, dice Gustavo, es menester que la retirada sea bien ordenada ó el ejército corre el mayor peligro. Estais predispuesto contra mí, os proporciono una bella oportunidad para vengaros: mandad que se haga la retirada y ayudad á que se salven;

vuestros antiguos compañeros: precisadme á que os tenga tanto agradecimiento como tengo ya estimacion.—Señor, contestó el intrépido escocés, ha hecho bien vuestra magestad en pedirme este servicio, es el único que no puedo rehusarle, en razon de que él pone en peligro mi vida cien veces en lugar de una.

Se arroja en medio del fuego, se abre un camino hasta donde estaban los escuadrones mas espuestos; los reune, hace que se comuniquen á la infantería, casi destrozada, las ordenes de Gustavo. Esta comienza la retirada haciendo frente al enemigo, la cubre Hebron con su caballería. A pesar de los esfuerzos de los contrarios, se concluye la retirada en buen órden con el mejor éxito. Hizo Gustavo llamar á Hebron para darle las gracias y le ofreció recompensas capaces de tentar á un hombre de corazon. El voto que hice no me permite aceptar, dice Hebron: me marcho, y no desenvaino ya mi espada sino para servir á mi país.

BYRON.

Cuando estalló la guerra entre Francia é Inglaterra en 1778, el almirante inglés Bodney estaba en Paris. Era este un marino muy distinguido, pero un hombre sin buena conducta. Cuando comenzaron las hostilidades habria querido de buena gana salir de Francia para ir á mandar las flotas de su nacion; pero estaba abrumado de deudas y no habia podido calmar á sus acreedores sino prometiéndoles no irse sin haberles pagado; era prisionero suyo bajo palabra. Obtuvieron los franceses sobre los ingleses algunas ventajas bastante brillantes; se hablaba de esto en la mesa en casa del duque de Byron en Paris. Era Bodney uno de los convidados; él dijo en un tono orgulloso: Es una gran fortuna para vuestros compatriotas, que los ingleses estén tan mal mandados nuestros almirantes lo hacen todo equivocadamente. Si estuviera yo al frente de la flota inglesa, muy pronto seria destruida la vuestra; pero me hacen á fuerza permanecer inactivo.—Que no sea

ese un obstáculo, respondió Byron, me comprometo á pagar vuestras deudas, señor; partid pues, ya vereis si los franceses os tienen miedo.

Pagó Byron generosamente todas las deudas, fué Bodney á mandar las flotas inglesas y tuvo ocasion de conocer que á pesar de toda su habilidad, los marinos franceses no tienen miedo.

EL ARCHIDUQUE CARLOS Y EL GENERAL MOREAU.

El archiduque Cárlos, yendo á ponerse al frente del ejército austriaco contra los franceses mandados por Moreau, encontró unos soldados austriacos heridos á quienes su coronel habia abandonado en el camino. No tenian aquellos infelices, caballos para tirar sus carros; mandó Cárlos al momento echaran mano, para aquel objeto, de los caballos que conducian los cañones. La vida de un hombre valiente, dijo: es mas preciosa que cincuenta piezas de artillería. Cayeron aquellos cañones en poder del general Moreau; pero sabiendo este el motivo, por qué Cárlos los habia abandonado, no quiso conservarlos: demasiado leal para aprovechar una ventaja que debia á la humanidad del jefe enemigo, los dejó.

ALMAQUE.

Un piadoso anciano llamado Almaque, vino de las estremidades del Oriente á Roma, con la esperanza de obtener la abolicion de aquellos horribles juegos del circo, en los que se hacian combatir á los hombres unos con otros ó con fieras, para divertir á los espectadores. Aun era Roma pagana y estaba sometida á un príncipe llamado Maxencio. Llegó Almaque al circo, cuyas gradas se llenaban con una gran multitud; estaban en la arena los gladiadores dispuestos para combatir con los leones y los tigres que se oian rugir en sus jaulas de hierro y que saltaban con furor contra las rejas. Se precipitó Almaque en me-

dio de la arena, suplicó á los romanos que renunciaran á aquellos crueles placeres y que cesaran de esponer la vida de los hombres por un frívolo entretenimiento.

La muchedumbre solo le contestaba con una esplosion de rábia: por todas partes se escuchaba este grito feroz: A los leones el cristiano! ¡á los leones! Al mismo tiempo abren la reja y perece Almaque víctima de su generosa tentativa. Pero consiguió lo que deseaba: el circo que habia sido regado con su sangre, no se volvió á abrir, y desde ese dia fueron abolidos aquellos impios juegos.

§. X.

Deberes para con la patria.

Amamos á nuestros padres, á nuestros hijos, á nuestros parientes, á nuestros amigos: la patria reune en ella sola todas nuestras afecciones.

Acordaos sin cesar de que la patria tiene derecho imprescriptible y sagrado á vuestros talentos, á vuestras virtudes, á vuestros sentimientos y principalmente á todas vuestras acciones; que en cualquier estado en que os encontreis, no sois mas que soldados que estais de centinela, siempre obligados á velar por ella, y volar á su socorro al menor peligro.

Morir por la patria, es una suerte tan dulce como gloriosa.

Es un crímen irritarse contra la patria.

Para que la patria sea feliz, es menester que los magistrados obedezcan las leyes, y los ciudadanos á los magistrados.

Cuando se trata de servir á la patria, deben cesar todas nuestras enemistades, deben callar todas nuestras afecciones propias; el hombre desaparece, no queda mas que el ciudadano.

Se obra contra la naturaleza siempre que se combate contra la patria.

(Varios autores.)

CARLO MAGNO.

Principalmente al gefe del Estado es á quien corresponde cumplir con un religioso cuidado todos los deberes respecto á su país. Bajo este aspecto, así como otros muchos, Carlo-Magno debe ser citado como modelo.

Era Carlo-Magno rey de Francia y emperador. Vivia en un tiempo de ignorancia y amaba el estudio con pasion; hizo cuanto pudo para ilustrar á los pueblos; consagró á la instruccion de la juventud los mayores cuidados. Tenia gusto en visitar las escuelas en que se instruian los hijos de los señores de su corte; se informaba de sus adelantos, los examinaba él mismo y les decia: procurad distinguiros tanto por la instruccion y la virtud, como os distinguis por el puesto que ocupan vuestros padres, y podeis contar con mi proteccion; de otro modo nunca conseguireis nada de mí.

Era Carlo-Magno profundamente piadoso y estaba lleno de un celo ardiente por los progresos de la religion. Era justo, y cuando era necesario, sabia llevar la severidad hasta el rigor, pero tenia un verdadero placer en perdonar y en manifestarse clemente.

Fué un general hábil y un guerrero intrépido, un conquistador siempre feliz. Habia sometido la Italia, la Alemania y una parte de la España. Cuando murió fué sentido por los pueblos que habia vencido lo mismo que por los franceses. Supo conservar el órden en su estenso imperio, tanto por la fuerza de su voluntad como por la grandeza de su génio. Incansable para todo trabajo, lo queria ver todo por sus propios ojos y recorria incesantemente las provincias para informarse de sus necesidades y para estar seguro de que se administraba en ellas con exactitud la justicia.

Era moderado y lleno de dulzura, tenia modales sencillos; era al mismo tiempo magnánimo y económico.